

En el centenario de James Joyce

El fantasma favorable de la rue de l'Odéon

EMPEZO todo con *El artista adolescente*, en la espléndida versión de Alonso Donado, vulgo el joven y ya sabio filólogo Dámaso Alonso, que para los elevines —devoradores de «L'Esprit Nouveau» y alimentos análogos, en las tardes de la Biblioteca de Catalunya— constituyó la incuestionable ejecutoria de los movimientos de vanguardia. Añade que para entonces había cobrado cuerpo la leyenda de las travesías de la obra mayor de Joyce, el *Ulysses*, lanzado desde Francia —con los tipos de «maître» Darancière— el día en que su autor cumplía los 40 años; pero sin posible acceso a los países de su lengua, donde inquisitoriamente iban los ejemplares a la hoguera (en Inglaterra con la presencia, se dijo, de un edecán del propio monarca). Se contaba de los jóvenes baronets de Oxford que empeñaban lo empeñable, expectativas de hacienda incluidas, por hacerse con un ejemplar. Y así edición tras edición.

No todos hubimos de aguardar a la versión francesa (por un lucido equipo en que intervino el propio autor) aparecida igualmente en el cumpleaños de Joyce —también con aquella cubierta azul celeste—, pero siete años después (1929). Nuestro amigo, y guía en tantas singladuras intelectuales, el doctor Manuel Trens, traía en la manga y nos «cantaba» no pocos pasajes de la edición de 1927, la inglesa por supuesto. No sin vencer sus escrúpulos conseguimos tenerlos negro sobre blanco para nuestra revista «hélix», tan deliciosamente vanguardista. Acompañándolos con el ensayo de Lluís Montanyà, sobre la misma novela, aparecieron en el número de febrero de 1930 y fueron las primeras traducciones del *Ulysses* en cualquier lengua peninsular. Mas para firma de su versión catalana, el sacerdote transigió a lo más con unas iniciales, y ni siquiera las suyas (ingenualmente le mudé la T en R, por Railways).

Estábamos empachados de Freud y a vueltas con el surrealismo (baste ver el ahora celebrado número del «Butlletí» que aquel mismo verano saqué con el entrañable Oulmet Nubiola, partiendo del material acumulado en la ya difunta revista vifranquina). Y con semejante armamentario, Joyce incluido, el curso siguiente llegó uno a París en procura del diploma del Institut des Hautes Etudes Internationales. Dispuesto a promiscuar, esto es, las ceremonias salvajes de aplausos matutinos a los «monstruos» Geoffre de Lepradelle, Le Fur o León Bourgeois (o, a prima tarde, las elegantes disquisiciones dieciochescas de un Niboyet en la Fundación Carnegie, boul. Saint-Germain) con las veladas ubuescas de Eluard, Péret y demás surreales, Dalí el primero.

EN una improvisada cena de los Dalí, de insólitas mantenciones más marinettianas que surrealistas, cabalmente hallé el abridor para James Joyce. Que fue la bella e intrépida Nancy Cunard, aquel

«argent viu» que por dar en cabeza a la acaudalada californiana y «salonnière» lady Emerald, su madre, y al prestigio de la famosa naviera familiar andaba liada con el pianista negro Crowder, y jugándose el tipo en las trifulcas por la proyección de «L'Age d'Or» buñueliana. Y fue Nancy, editora también, quien me confió a la librería Sylvia Beach, la editora de *Ulysses* y que, por decirlo con Dante, tenía «ambo le chiavi del cor di Federigo».

En mi ruedo habitual quedaba a mano la rue de l'Odéon, donde la Shakespeare and Co., biblioteca circulante para anglofonos y librería cuya vestal era miss Sylvia, una delicada y cauta yanqui con mejillas de porcelana y pies del 42, muy a la moda de las hodiernas monjas postconciliares. *Suaviter in modo*, al «météque» aún no entrado en quintas expresó de antemano el agradecimiento del maestro, quien por otra parte trabajaba muy intensamente en su *Work in Progress*, y no se le debía distraer, sobre que tampoco pasaba por allí a fecha fija. Y el meteco volvió más veces, por sí el azar.

Fumándose lo que por comida iba a descontar su Mme. Durand, allí adquirí dos graciosas «plaquettes» de tapa dorada con otros tantos fragmentos de esa ya legendaria Obra en Marcha: el de *Anna Livia Plurabelle* y *The Mookse and the Grapes*. Como más tarde, saltándose no sé cuántas cenas, se hizo con el reciente y esclarecedor *Our Exagmination round His*

haló fecha para la próxima visita de Joyce. No es tan fiero el león como lo pintan. Y el día señalado, allá me tienes ante un refinadísimo hidalgo huesudo y alto, si algo encorvado, con una curiosa cara habsbúrgica de cuarto creciente en una cabeza de frente abombada, alta como una torre, y un enorme ojo azul, el derecho, es forzándose en nadar tras el cristal de a dedo. Mientras, la sedosa mano de pianista mecía blandamente un bastón blanco, la boca fina y sonrisueña emitía una dulce voz tenoril, bien marcadas las palabras, si con una economía que, queriendo ser amable, casi cordial, oía a altivez.

Fue sólo la primera impresión, imborrable aunque en las sucesivas costara ver repetido el gesto. Pues se mostraría siempre con una franqueza, un abandono, tal magnanimidad hacia el doctro que uno era, como en pocos grandes he visto. Se repitió, pues, el contacto: allí mismo o en un poco frecuentado café, de esquina a una de las calles que dan a los Inválidos, próximo a su casa. Alguna vez en compañía de mi amigo Lallier, un muchacho de Sciences Politiques, bretón, que se pirraba por la filología. Y qué alucinantes parentescos verbales no descubría Joyce. Yo, *Anna Livia* en mano, intentaba desentrañar palabras y frases que el autor volvía claras como la luz, brillantemente matizándolas, reinventándolas, aumentando si cabe su chispa y los efectos musicales. Con la magia de ir desengarzando nombres

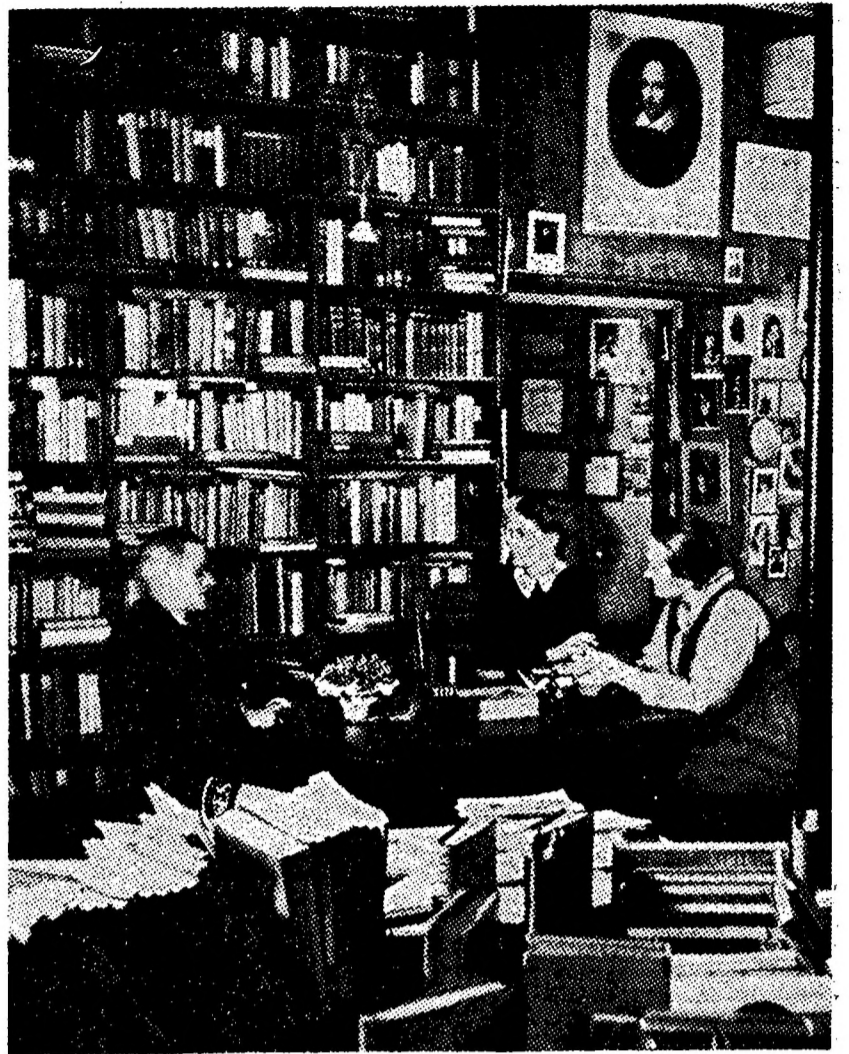
«Allá me tienen ante un refinadísimo hidalgo huesudo y alto con una curiosa cara habsbúrgica de cuarto creciente»

Factification for Incamination of Work in Progress, con su docena de estudios debidos a gente de fuste cual Marcel Brion, Robert McAlmon, Stuart Gilbert, William Carlos Williams, Eugene Jolas (y el mejor, del entonces desconocido Samuel Beckett). Y ya me tenéis enfrascado en las eruditas disquisiciones sobre santo Tomás, Nicolás de Cusa, Dante, Giordano Bruno, Giambattista Vico, en especial, imprescindibles, decían, para calar en las formas, revueltas e intenciones de tal obra en marcha. Además de la sabia contaminación de lenguas y jergas, los retruécanos; cambios de acepción verbal, palabras-maleta o la lúdica invención verbal, en una tradición vigente, y superándola, desde Rabelais y Merlin Cocai o Shakespeare y Góngora a Lewis Carroll, E. Lear, Stramm, Arp, etcétera.

NO sé si por la curiosidad de que en catalán se hubiera roto el fuego hispano con el *Ulysses*, o ante el desusado esfuerzo sobre *Our Exagmination*, cierto es que en una de tales ideas sor Sylvia se-

—menos o más mejorados— de los 500 o 700 ríos del mundo entero embuchados dentro de aquel texto sin par, en homenaje al modesto Liffrey de su ciudad natal: la náyade de rubia cabellera que dio mitológico origen a Dublín. Y qué delicia, qué impagable espectáculo oírle recitar melodiosamente, cantar casi, largas tiradas de aquel capítulo que, por milagro, se tornaba plausible, inteligible, aunque perdieras la mayoría de las palabras.

LA poliglotía del hablar de Joyce, esta es otra, cuando quería subrayar el aspecto paródico. A chorro continuo y sin esfuerzo, abundando en voces y giros italianos, o que entonces (sin más italiano que para consultar el manual de Fumagalli o la *Estética* de Croce) me sonaban a tréles. Aquel su no velado italianismo, en abierto contraste con la irónica suficiencia que hacía la Italia de los recientes Pactos de Letrán nos imbuían los Basdevant y compañía. Italianismo que me movió a comunicarle, tras la vacación, la oferta de mi



James Joyce, Sylvia Beach y Adrienne Monnier en la librería Shakespeare and Co., de París

cadencia y muerte, para volver a empezar: todo cuanto sabe de reminiscencias, temores, remordimientos, expectativas, de mitos y oráculos en las horas de sueño, pesadillas y duermevela que van desde el crepúsculo al canto del gallo, desde el caos de la noche de los tiempos a la esperanza. Y todo ello, inventando un lenguaje.

UNA lección para siempre de la que algún partido me fue dado sacar en los primeros años 40 —publicado ya el libro con su definitivo título, *Finnegans Wake*— para un trabajo que dio «Destino», muerto ya el maestro. Y es otra historia. Queda por consignar el último regalo de Joyce, aquella noche. Cuando acercando peligrosamente su ojo menos malo al billete que se sacó del bolso, leyó como me confiaba a Ezra Pound, en Rapallo: la comendaticia para mi entrada en Italia.

Si: Jordi y James Joyce, los dos maestros, habían cambiado mi vida. Que fuera para bien o para mal, de ambos es la responsabilidad, pero no he de ser yo quien lo lamente. Oh, Dear Mister Berm's Choice, in flew Enza, como tú —incurable socarrón y humanístico— dijiste en la apócrifa carta para *Our Exagmination*, firmándote Yours veri tass, Vladimir Dixon.

Juan Ramón MASOLIVER

La última aventura de la literatura europea

C IEN años han transcurrido desde el nacimiento de James Joyce y sesenta lleva la luz, pues narra una oscura para ello, la obra maestra del irlandés, *Ulysses*. Este conjunto de aniversarios bien merece algún tipo de homenaje, además de los que la anónima lectura de los libros dispensa siempre hasta a los escritores más umbríos.

El caso es que hoy apenas nos damos cuenta del estricto clasicismo de Joyce: pues su obra nació, en propiedad, en medio del extenso archivo de memorias de la cultura literaria europea. Todo el «progreso» literario de Joyce, a los cien años de su nacimiento, estriba en haber sido capaz de ofrecernos la hoy todavía última aventura de la literatura occidental.

Que un libro sea el resumen afortunado de un conjunto de aventuras entre reales e imaginarias, eso no es, al fin y al cabo, algo privativo de la experiencia literaria de Joyce. No hay más que recordar que la «fundación» de la epopeya occidental es también el origen de la capacidad literaria de inventar y relatar aventuras con el trasfondo de una vaga realidad civilizatoria; baste pensar en el ingente despliegue de las aventuras, todavía enormemente ingenuas y no por ello menos

enraizadas en tierras y en hechos históricos, a que asiste Europa entre el *Lancelot* o el *Percival* y el *Petit Jehan de Saintré* o nuestro *Curial e Güelfa*. Más notable es todavía el renacimiento de la ficción aventurera que significó el *Quijote*, en este sentido un libro no menos total y «meta-literario» que el *Ulysses* de Joyce.

Pero todas estas aventuras, que hasta el romanticismo tuvieron, por decirlo así, «carta de naturaleza» —pensemos en el caballero Kohlhaas, de von Kleist— conocieron, también por aquellas fechas de definitivo desconcierto de las literaturas europeas, una terrible crisis. ¿Cómo explicar, sino como crisis, el renacimiento decimonónico de una literatura que usa la historia como hasta entonces se había usado la geografía y las costumbres cotidianas? ¿Y cómo explicarse el camino de progresiva «ironización» de lo real que lleva hasta uno de los más señalados maestros de estilo y de la ambición literaria de Joyce, Gustave Flaubert?

Pues bien: Joyce se propuso ofrecer a la literatura europea la verdadera y hasta hoy más lejana aventura con absoluta carta de naturaleza que haya producido nuestro continente cargado de memoria. Para ello intentó salir por todos los medios

del *psicologismo* descriptivo en que la literatura se estaba aburriendo (los problemas de uno nunca habían sido de tan atroz dominio público como en tiempos de Dostoyevsky), retomar el procedimiento novelesco de la ironía (que el romanticismo, evidentemente, todavía conserva) y centrar la descripción en los héroes más parecidos a *Odiseus* y en el lugar del siglo XX más análogo a la geografía de la epopeya clásica: la ciudad y en ella Leopold Bloom.

Pero falta todavía un elemento, el más importante a nuestro juicio, por el que Joyce se convierte en la culminación de la doble tradición realista y simbolista del XIX, al fin, de toda la historia literaria de Occidente: el lenguaje.

No hay que olvidar la lectura muy atenta que Joyce hiciera en los años escolares de la filosofía de Giordano Bruno —por lo demás tullista de pro—, amén del estudio sumario del santo de Aquino, y que le sirvieron de referencia básica para forjar y ordenar literariamente su proyecto de epopeya general de su momento histórico.

De estas fuentes, y de otras mucho más próximas entre las que es inexcusable citar a Mallarmé, Joyce extrajo su peculiar y genialísima concepción de la literatura, devolviéndole, casi

como una paradoja, aquella ausencia entre brumas imaginarias del propio escritor, que ya había caracterizado el nacimiento de la época.

Así pues, si a la tradición de poetas que se esconde bajo el nombre de Homero le debemos el haber inaugurado en Occidente la narración de la aventura, si a Cervantes hemos de agradecer la salvación irónica de la ficción exangüe en el alba del XVII por culpa de la sobrevivencia disfuncional del antiguo género de la caballería, a Joyce debemos hoy recordarle con el mayor agradecimiento por habernos demostrado (o re-demonstrado, más bien) que en el propio interior del lenguaje, o restituyendo al lenguaje una soberanía perdida por un realismo desmesurado, se halla la salvación de lo aventurado en nuestro siglo, y se abre la aventura a un horizonte tan propiamente ilimitado como el de la articulación lingüística.

Así el *Ulysses* abraza el ideal de totalidad de la epopeya que le sirvió de pauta lejana y vuelve, por encima de la historia intelectual de Europa, a aquel lenguaje eficaz e inmediato de la Edad Media cristiana, para redimir a la literatura de todas las desconfiadas y recelos de la modernidad. Un *absolutus*, por cierto.

Jordi LLOVET

Bibliografía

En catalán

«Retrat de l'artista adolescent» (traducción de María Teresa Vernet), Vergara, 1967. Reeditada por Letradura 1981.

«Ulysses» (traducción de Joaquim Mallafre), Letradura 1981.

En castellano

«Dublineses» (trad. G. Cabrera Infante, Lumen, 1976), Alianza-Salvat.

«Stephen, el Héroe» (trad. J. M. Valverde, Lumen, 78) y ed. Sur.

«Retrato del artista adolescente» (trad. Dámaso Alonso); Lumen, 76; Argos-Vergara, 80; Biblioteca Nueva.

«Ulysses» (Lumen, 76; trad. J. M. Valverde), Salvador Rueda, 1967, y Planeta (trad. Salas Subirats).

«Exiliados», Barral Ed. 1971 (trad. Fdez. de Castro), Bru-guera, 81.

Giacomo Joyce», Tusquets edit. 1970 (trad. A. Matilla).

«Ensayos críticos», Lumen, 71 (trad. A. Bosch).

«Música de cámara», Alberto Corazón, edit. 1972.

OBRAS SOBRE JOYCE

«Guía para la lectura de James Joyce», Monte Avila, 1969. William York.

«Joyce y el presente», Ernst Bloch. «Poesía e investigación», Barral.

«Joyce y su *Ulysses*», de E. R. Curtius en «Ensayos críticos sobre literatura europea», Seix & Barral.

«James Joyce», Harry Levin, F.C.E. (Méjico), 1959 y 1972.

«Sobre Joyce», Ezra Pound, Barral, 1971.

«James Joyce», Edmund Wilson, Cupsa Editorial, 1977.

«James Joyce, Vida y obra», Francesca Romana; edit. Península, 1970.

«Conocer Joyce y su obra», José M.ª Valverde, Dopesa, 1978.

«Guía del *Ulysses*», David Hayman, Espiral - Fundamentos, 1979.

«Joyce», John Gross, Grijalbo, 1974.

«Mi hermano James Joyce», Stanislaus Joyce, Compañía Fabril Edit. 19614. — A. D. R.

ASTROLOGIA

Febrero en «EVENTOS»

6/7 - 4.ª JORNADAS INTENSIVAS

8/12 - Cursillo Astrodiagnos

10 - Inic. curso nuevo método de Predicción (4 meses)

15 - 1.er curso (4 meses)

Fernando, 53 - Tels. 302-35-87 y 674-55-74